

INGLATERRA, FRANCIA, ESPAÑA

SU EVOLUCIÓN HISTÓRICA¹

EL carácter y el destino son para los pueblos como para los individuos las dos fuerzas que modelan la vida. La historia de un pueblo no puede pues considerarse como resultado exclusivo de su carácter. La longitud de la nariz de Cleopatra, puro destino, ha ejercido una influencia considerable en la historia de Marco Antonio y, por lo tanto, en la del Imperio Romano.

El destino, más que el carácter, explica que el desarrollo imperial de las naciones europeas comenzase por España. Todo el mundo sabe que los reinos peninsulares llegaron a unificarse por una serie de monarcas anteriores y posteriores a los Reyes Católicos gracias al vigor de la pasión religiosa que prevalecía en el país. La rendición de Granada simboliza la unión de todos los españoles en una sola fe. Ahora que ha transcurrido bastante tiempo para que la pasión religiosa se haya entibiado considerablemente, es posible preguntarse si España no habría sido más feliz, y en último término más fuerte, de haber permitido que viviesen y prosperasen en su suelo varias fes y varias razas. El impulso acumulado para batir las puertas de Granada llevó a España a una aventura religiosa que duró tres siglos—a través de la gloria hasta la ruina. Mas las hipótesis en historia no son sino juegos del intelecto y el hecho que permanece es que España entró en la historia europea en calidad de pueblo de pasión.

Suceso contemporáneo de la caída de Granada, y quizás más importante para nuestros fines, es el descubrimiento de América. Aquí España se manifiesta otra vez como pueblo de pasión con todos los rasgos que hemos reconocido en el tipo. El descubrimiento, la exploración

¹ Capítulo de un libro en prensa en que se comparan los tres caracteres nacionales.

y la colonización del Nuevo Mundo son la epopeya más vasta de la raza blanca. Epopeya que no ha hallado todavía un Homero digno de su grandeza y en cambio ha encontrado numerosos críticos con poca piedad y menos conocimiento. España ha sido durante tres siglos el enemigo de una extensa parte del mundo: precisamente de la más adiestrada y de la más avezada en los usos y abusos de la información. La opinión que el mundo ha adquirido y todavía posee sobre la epopeya americana de España ha menester revisión. Hace falta escribir una nueva historia del asunto—historia que, sin omitir los errores cometidos, ponga de manifiesto las verdaderas proporciones de la colosal empresa.

Comprenderáse entonces que los primeros navegantes y exploradores fueron hombres de asombroso valor, audacia, imaginación y, aun, en la mayoría de los casos, sabiduría. Estos hombres obraron como aventureros individuales. Desde luego, tarde o temprano, antes o después de sus expediciones se esforzaron por obtener cartas reales que les diesen autoridad oficial; pero el impulso inicial y los esfuerzos subsiguientes fueron individuales y suyos.

Hallamos en estos hombres un rasgo típicamente español: la co-existencia de tendencias contrarias. En su conjunto, la exploración y colonización de América por España es quizás la más inhumana pero también la más humana en su género. Españoles fueron sin duda los que cometieron los abusos y malos tratos tan frecuentemente comentados; mas españoles también los que definieron los criterios de humanidad con que se condenaron ante la conciencia general los actos de sus conciudadanos. Y mientras los primeros, los colonizadores brutales y sin escrúpulo, hallaron imitadores aun en nuestros días, los últimos, los acusadores humanitarios, precedieron al espíritu de su tiempo, y aun al del nuestro.

La colonización española como sistema se halla basada sobre el principio de la igualdad de las razas, consecuencia a su vez del fundamento religioso de todo el derecho español; así se explica la ausencia del prejuicio de color

en el imperio colonial español y, por consiguiente, el hecho de que se prepare hoy en la América española una nueva raza a base de los elementos blanco, negro y rojo que la historia mezcló en sus territorios. La segunda consecuencia de esta inspiración religiosa que animaba entonces a la nación española es que el Estado colonizador se consideraba obligado a educar y convertir a los indígenas. La orientación central del Imperio español fué por consiguiente, no económica ni política, sino espiritual. Así se prueba estudiando las fechas en que fueron fundados los establecimientos de enseñanza de los dos continentes americanos. Se verá que los más antiguos son todos de fundación española y que el esfuerzo creador de España en esta materia es casi increíble.

Las demás características de la historia imperial española pueden explicarse satisfactoriamente a partir de los demás rasgos apuntados sobre el carácter español. En lo económico los españoles tuvieron que pagar con numerosos errores su prioridad en el campo colonial. De éstos el más importante fué su intento de monopolización del comercio colonial. Esta idea, aunque absurda, ha revivido en tiempos recientes, quizás algo rejuvenecida, en forma de ideal para el Imperio británico, lo que prueba que los errores tienen numerosas vidas. En lo político, el Imperio español, como España, estuvo gobernado mal o bien o medianamente, según los Virreyes en el poder. Las Leyes de Indias están consideradas hoy como excelentes en doctrina y en procedimiento. Pero, desde luego, lo esencial era el hombre que las aplicaba.

En último término la disrupción del Imperio español se produjo—dejando aparte factores extranjeros tales como la colaboración inglesa y americana—por la acción de causas psicológicas internas que ya conocemos. El español de ultramar era tan individualista como su hermano europeo. La fuerza centrífuga tan característica del hombre de pasión en acción, se reveló inesperadamente en la primera ocasión. La historia de la emancipación de la América española es otro capítulo de la historia de España

que necesita revisión. Casi todos los movimientos que la componen nacieron como impulsos de lealtad hacia la Corona española perseguida por Napoleón. Sobre estos impulsos leales se ejerció poco a poco y con fuerza creciente la tendencia dispersiva que distingue a la psicología española y así, por natural evolución, estos movimientos fueron a dar en guerras de emancipación. Esta tendencia dispersiva no dejó de actuar al cortarse el lazo que unía a las ex-colonias con la madre patria; antes al contrario, al ejercerse sobre el grupo americano desprendido de Europa dió lugar a un número considerable—y creciente—de naciones, de modo que, por contraste con los Estados Unidos que la raza inglesa creó en el Norte, la raza española creó en América los Estados desunidos del Sur.

El Imperio español sin embargo, como fuerza positiva y original, no murió con las guerras de emancipación, porque ya estaba muerto. Data su fin del día en que la Armada Invencible fué abandonada por su Almirante en Jefe, el Señor, es decir, el Dios de los católicos. Cuando Santa Cruz, que la había organizado y se disponía a llevarla al combate, murió poco antes de la fecha señalada para su salida, Felipe II nombró como sucesor del admirable Marqués al Duque de Medina Sidonia, el cual rogó humildemente a Su Majestad le dispensase de aceptar el cargo, pues, decía, no entendía nada de cosas de mar y además se mareaba mucho. El Rey contestó que el verdadero almirante sería el Señor. El Señor fué derrotado. La gran fuerza católica enviada para salvar a Inglaterra de la herejía, fué derrotada por un almirante inglés que era católico. Desde aquel día la nación española, quizás inconscientemente entonces, cesó de tener ideal. Unos cuantos años después de aquella fecha fatídica, escribió el Quijote un hombre que había luchado en Lepanto bajo las banderas españolas una batalla victoriosa contra el infiel.

El pueblo de España entró en su tienda para muchos siglos.

La evolución imperial de Francia se presenta como un esfuerzo sistemático para establecer en el mundo un bello

orden intelectual. El orden es, como sabemos, la categoría intelectual de la acción y una necesidad inherente de la psicología francesa. En la vida colectiva del pueblo francés el orden aparece encarnado en un Estado y una jerarquía oficial. Por lo tanto, en contra de lo que sucede en Inglaterra, el Estado en Francia ocupa una situación central y directora. Es pues natural que mediante una generalización o universalización, en sí muy típica de la manera de ser francesa, la historia de la política extranjera de Francia manifieste una tendencia a organizar el mundo en forma de sistema solar con París por centro y sol. Esta tendencia no se inspira en motivos mezquinos o egoístas. El impulso que anima a Francia en su lucha secular contra la Casa de Austria no es otra cosa en el fondo que la manifestación de esta necesidad primaria de su genio: orden y, por consiguiente, el agrupamiento pacífico e inteligente de todas las naciones en torno a París.

Distingamos entre esta tendencia al orden que domina la política extranjera de Francia y la tendencia a la unidad que inspira las guerras imperiales españolas. España lucha por un principio espiritual. Se cree el soldado de Dios. La política francesa, aun la de la monarquía, la del mismo "Roi très chrestien", fué siempre laica, indiferente en materia de religión. El primer monarca cristiano que osó aliarse con el Gran Turco fué Francisco I. Enrique IV opinaba que París bien valía una misa y obró en consecuencia.

A esta diferencia de inspiración corresponde una diferencia de fines y de métodos. El fin de España se halla definido en el famoso verso de Acuña:

Un monarca, un imperio y una espada.

Su método es intransigente en todo lo que se refiere a la religión. Cuando Felipe II, después de fracasada la política de fuerza con Alba en los Países Bajos, decidió intentar la de conciliación, sus instrucciones a Recassens fueron transigir en todo menos en las cosas que afectasen a la pureza de la fe, porque, decía el Rey, "prefiero perder las provin-

cias." El objetivo del Rey de Francia no se preocupa tanto del otro mundo y su conciencia es mucho más política que religiosa. Con tal de que la supremacía de Francia permaneciese segura en el mundo—como la del Estado en Francia—la nación francesa dejaría a los demás hacer lo que les pareciese en un mundo que añadiría a los bienes de la paz los de la civilización francesa. Tal propósito en el cual—al menos a sus ojos—Francia daba más que recibía, permitía desde luego cierta elasticidad en las negociaciones diplomáticas. España, soldado de Dios, no podía transigir puesto que no era lo suyo lo que hubiera cedido en la transacción. Francia, protagonista del orden, podía transigir porque, aunque en el fondo interesada, sus intereses no estaban directamente implicados en su política. La diplomacia francesa pronto sustituyó a la española porque era más libre en sus métodos y menos ambiciosa en sus fines.

La política extranjera de Francia ha contado con dos fuerzas de gran importancia: la primera es el genio militar de la raza francesa. La tendencia militar no es más que el resultado natural de la combinación de dos grupos de tendencias—el grupo previsión-desconfianza y el grupo contemplación intelectual-apetito-velocidad subjetiva. La tendencia militar en una raza intelectual lleva naturalmente al sentido de la gloria. La gloria además es vanidad nacional y ya sabemos que la vanidad es un rasgo característico de Francia. El francés es uno de los pueblos que más sienten la gloria militar en sí, independientemente de todo el resultado positivo que pueda aportarle. Venla como un puro espectáculo, mientras los ingleses, cuando piensan en ella, la consideran como una de las expresiones de su poder y de su capacidad para la acción.

Esta tendencia francesa a la gloria de las armas explica que la idea constructiva del orden haya tomado en Francia la forma de un imperio militar. El imperio soñado por Luis XII y Francisco I, preparado por Enrique IV y realizado por Luis XIV, preparado de nuevo por la Revolución francesa y terminado por Napoleón, intentado otra vez por Napoleón III, el imperio militar francés, no es un

negocio de este mundo—raza y comercio, como el Imperio británico—, ni un negocio del otro mundo—teocracia, como el Imperio español—, sino una creación intelectual o, como dice Víctor Hugo aplicándolo al de Carlomagno: “un beau spectacle à ravir la pensée.”

Hay en esta concepción una magnífica universalidad. Comenzamos a percibirla en los sueños de Enrique IV para crear una gran confederación de naciones, sueños en los que el gran monarca se adelantó a la realidad en varios siglos y que, sin embargo, inspiraron su política positiva. Vuelve a aparecer en los principios generosamente internacionales proclamados y preconizados por los primeros revolucionarios de la Revolución francesa; y aun hoy inspira y eleva lo que tiene de demasiado ingenuamente nacional la creencia francesa en la supremacía intelectual de Francia, que es la segunda fuerza al servicio de su expansión imperial.

Fe en su supremacía intelectual, pero en realidad algo más. Deseo, también, de irradiar la luz de su espíritu sobre el mundo entero: “le rayonnement de la France.” El nombre de “Ville lumière” que se ha dado a París suena como insoportablemente cursi en los oídos franceses, mas sólo porque París se ha cansado de oírlo, porque, a no dudarlo, ha debido causarle honda delicia la primera vez que se oyó llamar así. Y hoy que el mundo ha crecido demasiado y las guerras se han hecho técnica y científicamente tan bárbaras que un imperio militar no puede tener ya atractivos para un país refinado como el francés, este ideal elevado de ser el porta-antorcha del mundo permanece en el corazón de Francia como la forma más fina de su imperialismo. El imperio francés es intelectual.

Mientras el Imperio español se inspira en una pasión religiosa y el francés va guiado por una visión intelectual, el Imperio inglés es el fruto de un impulso vital de crecimiento que se manifiesta en sus efectos, que se halla siempre en estado potencial de actividad, pero que conserva en todo momento el secreto de su origen y destino, siempre dispuesto a rodear los obstáculos naturales siguiendo la curva de la transacción. Aquí, ni pasión dominante, ni

visión intelectual; por lo tanto, ni condiciones intransigentes, ni planes previos. La fuerza persigue su avance e ignora todo lo que no sea las demás fuerzas que halla en su camino. Para con las cuales adopta la actitud sencilla y natural conocida en matemáticas por la composición de las fuerzas. Si el impulso de crecimiento del Imperio es más fuerte que el obstáculo, lo allana; si menos fuerte, lo rodea.

El crecimiento del Imperio británico es pues empírico, continuo y limitado a la esfera de la acción. Empírico. Tan empírico que el impulso de crecimiento se manifiesta a veces con mayor claridad en este o aquel inglés individual que en la nación o Estado. Drake, Raleigh, Clive, Cecil Rhodes son casos típicos. Mas estos hombres sienten el impulso de crecimiento sin que sea posible decir de ellos que lo hayan visto claramente como un plan, como un orden futuro. Son estos creadores de imperio a modo de brotes de un árbol vigoroso y potente, a modo de miembros de un cuerpo sano y juvenil.

La índole empírica de este desarrollo es una de las grandes fuerzas del Imperio ya que le permite adoptar toda suerte de formas según los países y los climas en que se instala. Desde la pompa y lujo imperiales de la Corte Vicereal de la India hasta la republicana sencillez de la Commonwealth australiana, todas las formas de gobierno, todos los tipos de colonización coexisten bajo el manto de Su Majestad el Rey. En esta enciclopedia de formas coloniales no falta nada—ni siquiera un fracaso. El Imperio británico muestra todavía la cicatriz causada por la secesión de la colonia americana con el orgullo de un veterano que ha lavado una derrota con la sangre de numerosas victorias. Porque esta derrota es un elemento indispensable en la historia del Imperio británico ya que atestigua la índole empírica de sus éxitos.

La continuidad del crecimiento es el aspecto imperial que toma la continuidad de la política británica en general. El cuerpo político está siempre activo, porque siempre vivo, y por ser el cuerpo de un pueblo de acción, la vida y la

acción son para él sinónimos. Apuntemos la relación íntima que existe entre esta continuidad observada en la vida política inglesa y el espíritu de cooperación que ya conocemos como una de las virtudes más potentes de la vida inglesa en general y de la vida política inglesa en particular. No es posible hallar mejor ejemplo para ilustrar la cooperación de equipo que distingue a la política inglesa que el que ofrece la política extranjera e imperial de la Gran Bretaña. El arte de la cooperación por oposición no puede elevarse más alto. Los conservadores añaden territorios al Imperio; los liberales les acusan de haberlo hecho y, acalladas sus conciencias con esta protesta, consolidan las nuevas adquisiciones mediante aplicaciones de cemento liberal en forma de "self-government" y otras cataplasmas por el estilo.

La orientación del sistema colonial inglés hacia la acción se manifiesta en su índole eminentemente económica. La preocupación principal de los creadores de imperio es que la colonia se sostenga económicamente a sí misma, o para emplear su expresión favorita, que la colonia sea "a paying proposition." Esta finalidad se persigue a veces con la debida consideración hacia los intereses de los gobernados—sobre todo hoy en día; otras veces, los intereses de los gobernados pasan al segundo plano y un punto de vista más amplio y general, los intereses económicos del conjunto, viene a ser la preocupación principal; pero en todo caso la inspiración es económica. El sentido de la materia y de lo material que ya hemos tenido ocasión de observar en el carácter inglés, se manifiesta pues aquí haciendo que la actividad imperial de Inglaterra se dirija más a las cosas que a las personas, y que, aun cuando se dirige hacia las personas, se preocupe la inteligente solicitud del colonizador más de su bienestar material que del intelectual o espiritual.

La conocida neutralidad inglesa para con las religiones indígenas y su respeto de las formas locales de creencia y culto, no es sino la calidad-defecto que se deriva de esta orientación económica de las actividades coloniales inglesas.

En el fondo hay mucha indiferencia en esta neutralidad, así como en la imparcialidad inglesa para con las diversas sectas y razas indígenas hay mucha distancia—distancia vertical—entre el colonizador y los colonizados.

Se justifica pues en este terreno nuestro paralelo entre las tres naciones. La política colonial española, cuando España la tenía propia, se inspiraba en una tendencia espiritual basada en un sentido igualitario que arraigaba en la pasión religiosa. La colonización francesa se guía por una idea de orden intelectual que busca la generalización y extiende la metrópolis a las “Francias de ultramar”; también reside en la igualdad, mas no en una igualdad-pasión basada en la fraternidad religiosa, sino en una igualdad-idea basada en opiniones intelectuales. El imperio británico es ante todo una empresa comercial ambiciosa en el que cada territorio ocupa su lugar y llena su función según su clima y posición geográfica, y en el que cada raza actúa según su sangre y desarrollo en un fin de cooperación; aquí ni ideas, ni pasiones vienen a complicar cosas de por sí ya harto complejas aportando sentido alguno de la igualdad. La raza directora es en todo lugar la de la metrópolis.

Así era de suponer en vista del papel importante que representa en la vida inglesa el sentido de la limitación de grupo. Ya sabemos que el *fair play* y el genio de la organización espontánea tienen por fronteras las de la raza en que se manifiestan. Toda debilitación, todo derrumbamiento parcial o brecha o apertura del muro racial sería pues desastroso para estas virtudes de la raza. La raza lo sabe y se resguarda contra el peligro a toda costa. La presión del grupo así defendido actúa con todo vigor en cada uno de sus individuos. Si les impide conquistar el corazón de los demás pueblos entre quienes viven, les permite en cambio, a veces en circunstancias algo difíciles, llevar dignamente su responsabilidad de hombres blancos.

SALVADOR DE MADARIAGA